

MISCELÁNEA

ACOTACIONES SOBRE UN ENSAYO ACERCA DE LA DECADENCIA ESPAÑOLA

DERROTA, AGOTAMIENTO, DECADENCIA, EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII
DE VICENTE PALACIO ATARD

Un defecto de los múltiples de la historia de España es *cerrarla*, darla por *acabada*. Defecto genérico en todas las historias. Porque es patente el absurdo de querer encerrar su conocimiento, y también patente que todas las suposiciones en las que se fundan esas interpretaciones — hasta el vulgar hecho de la calle que ven nuestros propios ojos no es más que una suposición — necesitan ser relativizadas. Cuando esto se vaya haciendo con la historia de España — hasta ahora siempre un caos debido a su propia diversidad — nuevas suposiciones, cada vez más amplias, nos irán acercando a una interpretación que ya no divida a los españoles; pondrá a éstos cerca de la verdad, una verdad llena de relatividades, haciendo imposible que la mitad de los españoles hiele el corazón de la otra mitad.

Palacio Atard, con su ensayo *Derrota, agotamiento, decadencia, en el siglo XVII* viene a poner su jalón a esta obra necesaria de relativizar el estudio de la historia de España. Entre sus varios méritos, el más importante del ensayo es el prurito que pone en la búsqueda, entre las entretelas, de la razón de la sinrazón española. Todo el tiempo que dura la lectura obsesiona al lector una palabra: relatividad. Y cuando a veces tropieza con alguna contradicción, generosamente la disculpa, pues proviene, no de que el autor haya querido poner una vela a Dios y otra al diablo, sino de un honrado afán de abrir un camino en la relatividad de la historia. Lo que le lleva a multiplicar los matices y a señalar múltiples perspectivas, todavía fácilmente confundibles, que sólo con el curso del tiempo resultarán nítidas, claras, firmemente establecidas.

Mientras no se lleve a cabo una nueva investigación intensiva de la historia integral de España en los siglos de la gran crisis, la obra de Palacio Atard constituirá una inteligente exposición de conjunto sobre uno de los temas trascendentes del pasado español.

Pero no obstante nuestra afinidad con Palacio Atard, con él hemos chocado porque es también uno de los que creen en *la grandeza de la orientación directora que tuvo la política de Carlos V*; y, por lo tanto, no ha comprendido que Felipe II, un gran político, y el Conde-duque, un extraordinario político, fueron dos fracasos, dramáticos fracasos, justamente porque no supieron reaccionar contra lo que había de locura en la « orientación política de Carlos V », política que heredaron y que les era impuesta por el morbosos gusto del corazón del pueblo español. Las malas ideas, sobre todo en política, vienen del corazón. Dramático engaño el del pueblo español que creía, y sigue creyendo, que lo que él estima verdadero y justo tiene forzosamente que acontecer. « Tu reino, ¡oh patria mía! no es de este mundo », rezaba en Gredos don Miguel de Unamuno.

Confieso que me interesa más que el problema de la decadencia española el hecho extraordinario, que raya en lo absurdo, de que la hegemonía española durase un siglo y medio. Si indagamos las causas por las que España pudo alcanzar una hegemonía tan duradera — siglo y medio — llegaremos a poner a prueba el destino de esta « grandeza de la orientación directora de la política de Carlos V », y conseguiremos una explicación de la tan traída y llevada decadencia de España.

Tales causas están claras: la riqueza de España, la inteligencia española y la fuerza militar española.

Para ponderar la riqueza española durante este siglo y medio, tomaremos por módulo a Francia. Francia y España, relativamente de la misma extensión — recorremos que la civilización era esencialmente agrícola — tenían las mismas costas, ríos y montañas que poseen hoy, con un aproximadamente igual régimen de lluvias. En las ubérrimas tierras llanas de Francia llovía a pedir de boca, mientras las de España, formadas por miles y miles de planos inclinados, en cuya calidad domina el silix, estaban sedientas, como hoy. Había, como hoy, más del doble de tierras laborables en Francia que en España, donde sabido es que las rocas completamente peladas y los terrenos inexplorables por su sequedad excesiva, por su elevada altitud y por su pésima composición, constituyen un 45 % del territorio nacional. En las tierras de Francia sembradas de trigo, se recogía en la proporción de 15 por 1 mientras en España sólo 7 por 1. En las que no se sembraba, crecía en Francia

abundante hierba, pasto de vacas, de ovejas, etc., bastando casi, como hoy, una hectárea para alimentar una vaca todo el año; en España, a excepción del 10% de su territorio, que goza de parejo régimen de lluvias al de Francia, la hierba crecía apenas dos dedos, y eran necesarias bastantes hectáreas para alimentar una vaca — y eso solamente durante los meses en los que el sol no lo agostaba todo — y el ganado debía estar siempre de trasego buscando nuevos pastos. La riquísima industria de la leche (quesos, mantequillas, etc.), comparada con la de las regiones húmedas de Europa, existía apenas en España.

Los ríos de la Península, torrentosos, secos en verano y desbordantes y desbordados en invierno y en primavera, no eran fuentes de riqueza, como lo eran, y lo son, los de Francia, siempre caudalosos y mansos, por los cuales, desde hacía siglos, se transportaban, en barcos voluminosos, pesados cargamentos. En España, hasta muy avanzado el reino de los Borbones, los transportes tenían que hacerse a lomo de bestias, mientras en la llana Francia fáciles caminos eran transitados por millares de vehículos de carga, uniendo una población rica a otra más floreciente todavía.

En resumen, la población de Francia que doblaba la de España, contaba con una riqueza mucho mayor del doble de la que tenían los españoles. Esto lo sabía el mozo Felipe, como consta en aquella famosa carta — seguramente inspirada por Gonzalo Pérez — que siendo regente escribió a su padre el Emperador, cuando éste cabalgaba por tierras alemanas. Lo extraño es que sea necesario decirlo todavía hoy, y es así: el más profundo de los historiadores modernos que se ha ocupado de Felipe II, Walsh (*Felipe II*, pág. 138), todavía sostiene que España era la nación más rica del mundo. Es lo que se había ya repetido antes de Felipe II; lo que se ha seguido repitiendo después. En España se dan todos los cultivos y hay toda clase de minerales, pero, casi sin excepción, no están más que representados. Es lo que ha creado el espejismo de la riqueza de España. Espejismo que ha traído una de las patrañas más ignominiosas, la de la pereza española, invención francesa — « On travaillait du bout des doigts et on vivait à la grâce de Dieu » —, en la cual hemos creído los españoles, y en la que hemos dejado de creer todos los que estamos expatriados. Sabemos cómo se ha forjado esa patraña. El viajero extranjero, con el prejuicio de la riqueza de España, pasaba por un pueblo de los innumerables que no tienen otra que el cultivo, de secano, de las tierras que le circundan, y al ver a los hombres sentados tomando el sol, la idea de que los españoles eran perezosos, se le quedaba en el cerebro con la tenacidad de un tornillo

oxidado. Era incapaz de comprender que aquellos hombres no podían hacer otra cosa que arar, sembrar, escardar, segar y recoger, lo que exige pocos días de trabajo en el año y que no podían dedicarse a industria alguna, pues cualquier mercancía que hubiesen fabricado no habría tenido salida dada la escasa o nula capacidad de adquisición de sus paisanos y la dificultad del transporte que les impedía llevarla hasta los centros de consumo, todo ello suponiendo que hubieran tenido a su disposición primeras materias. Y, lo más importante, no podía ese viajero extranjero comprender que los campos estaban admirablemente trabajados, y que se obtenía de ellos el máximo de producción.

Insólito resulta tener que decir todavía que de todas las tierras del globo, de parecida composición a la casi totalidad de las de España y con parecida humedad, ninguna ha sido cultivada con tanto sudor de rostro, con tanto cariño y con tanta ternura como las españolas y que, por lo tanto, ninguna ha producido tanto como las nuestras. El mayor heroísmo que han tenido los españoles entre todos sus heroísmos, es el de la lucha terrible con su geografía, lucha donde seguramente se ha forjado el heroico carácter español.

Pero no obstante la mayor riqueza de Francia, España, con la alta organización estatal que alcanzó durante el reinado inteligente y honrado de Isabel y Fernando, consiguió un esplendor relativo. Las tierras ganadas a los moros eran roturadas con inmenso cariño, y a los españoles les parecía que no debía de haberlas mejores en el mundo entero; la lana de sus merinas, que entonces era una riqueza comparable con la que en el siglo XIX ha constituido el carbón, base de la industria siderúrgica, era industrializada en telares que producían una calidad raramente superada después en el mundo — cuando una industria es posible en España, produce calidad — y los hierros eran forjados con maestría y arte ejemplar. Este esplendor relativo de España se debía a la sabiduría de las leyes, que protegían la laboriosidad de los españoles. Era un país de disciplina, de paz. La realeza había aniquilado la turbulencia de los nobles. Había llegado a ser una democracia cristiana, es decir, casi una democracia ideal. Ninguna comparación es posible entre la *absolutista* España y la Francia de los señores feudales, con derecho de vida o muerte sobre sus vasallos, y esto hasta después de haber ejercido el poder Richelieu, durante varios años.

Por lo que hace a la otra causa de la hegemonía de España durante siglo y medio, la inteligencia española, vamos a dejar a un lado el estricto dominio de la cultura, para la cual es evidente que los españoles, construida su vida social sobre el constreñimiento y la renuncia de

sus instintos, tenían más sólidas bases que ningún otro pueblo. Reduciendo el estudio a la inteligencia empleada en los asuntos políticos, lo primero que tenemos que señalar es que fué reconocida universalmente; la diplomacia española fué indiscutiblemente la primera de la época. No ya los monarcas de Francia y de Inglaterra, sino hasta los mismos Papas tenían que habérselas con gran cuidado con los embajadores españoles. Si en el siglo XIX se ha reconocido la superioridad de la diplomacia inglesa ha sido porque ésta tenía respaldándola, no sólo el prestigio estratégico — brutal por el hecho de que una isla con una superioridad naval aplastante, podía atacar a no importa cual nación, mientras no podía ser atacada por nadie — sino porque, además, era la de una nación riquísima, con una industria de primer orden, posible porque Dios había dispuesto que sus yacimientos carboníferos tuvieran excepcional privilegio. La superioridad de la diplomacia española se debió, no al prestigio estratégico de España, que era dudoso, ni a la riqueza de su nación, que era un tanto precaria, con los españoles hambrientos en sus tierras de hambre, sino a la gran cantidad de hombres magníficos, que habían empezado por dotarla de un Estado adelantado en un siglo a los de Europa. Exponente de la inteligencia de la diplomacia española, es el hecho de que *organizara* ocho guerras civiles en Francia.

Es verdad, y ha llegado la hora de confesarlo, que en importante ocasión la inteligencia española brilló por su ausencia. Fué en el asunto de la Armada Invencible, cuyo fracaso cómodamente se ha venido achacando a los elementos y a la impericia del Duque de Medina-Sidonia. La verdad es que ni el marqués de Santa Cruz, que hasta cierto punto era una especie de Jefe de Estado Mayor de la flota, ni Felipe II, ni ninguno de los marineros españoles tuvieron imaginación para comprender que Lepanto había sido el fin de la estrategia naval que podíamos llamar del Mediterráneo; que en aquella gloriosa batalla naval sonó la hora de la desaparición de las galeras a remo, egipcias, griegas y romanas, así como la de las naves de las repúblicas de Italia y de los barcos que hasta entonces había tenido España. Las embarcaciones de Felipe II no podían hacer frente a los ágiles veleros de Drake, que combatieron a cañonazos y dejaron en el recuerdo las batallas navales a base del abordaje. Si disculpa puede haber en tal error, recordaremos que Francia, cuando menos discutida ha sido la superioridad de su inteligencia, construyó la línea Maginot, cometiendo una torpeza que no le va a la zaga a la de Felipe II.

La superioridad de la fuerza militar española pudo existir durante siglo y medio por un sinnúmero de razones coadyuvantes, que vamos a

analizar rápidamente. Fueron ciento cincuenta años durante los cuales el arte militar apenas evolucionó. Casi no fueron diferentes los tercios del Gran Capitán y los mandados por el portugués Melo, debido a que en este siglo y medio, no se inventaron nuevas *máquinas de matar*, y las que se usaban, sufrieron pocos perfeccionamientos.

España, por ejemplo, era, como hemos dicho, mucho más pobre que Francia, pero los ejércitos entonces no eran proyecciones de la riqueza de las naciones sino de la riqueza de los monarcas, y mientras el rey de Francia no tenía más ingresos que las rentas de su patrimonio personal, más algunas otras que le pagaban algunas ciudades y algunos nobles, el rey de España, rey de un Estado más moderno, *abrasaba* a sus súbditos con contribuciones y recibía los famosos galeones de América, que si bien traían unos cargamentos exiguos de oro y de plata, que, echados hoy en el mercado pasarían casi inadvertidos, en aquel entonces — los metales preciosos eran raros — tenían verdadera importancia.

España era la única nación con ejército permanente, antes de que viniese al mundo Carlos V. Un ejército, que es una sinfonía de los valores espirituales y materiales de una nación, es cosa que no se improvisa, y Francia no había de tenerlo hasta que se encargara de organizarlo Richelieu, quien murió sin verlo constituido sólidamente.

El ejército permanente de España poseía la virtud principal, entonces la más rara, de las fuerzas armadas: la disciplina. En ocho siglos de pelear con los musulmanes, Castilla, la del diáfano cielo, cuyos hijos siempre han sido realistas, fué país de disciplina. Sus soldados no eran mercenarios, ni eran alistados por fuerza, sino que eran todos los hombres válidos de sus tierras, que luchando dramáticamente por su diario vivir, y, unidos por un mismo interés y un mismo ideal, habían comprendido las grandes ventajas de la disciplina. La idea-sentimiento de la disciplina pasó de Castilla a toda España y a todo el Imperio, y ha sido preciso que un día, en Trafalgar, el Estado perdiese completamente su prestigio estratégico, que con la ocupación de la Península por las tropas de Napoleón fueran resquebrajados todos los fundamentos que habían servido de base a este Estado español, que España perdiese su libertad, cosa que sucede cuando no se tiene prestigio estratégico, convirtiéndose en campo de guerras civiles, siempre con intervención, más o menos solapada, de las naciones extranjeras, para que se haya podido creer este disparate de que el español era indisciplinado.

Con la disciplina, en aquellos tiempos en que los ejércitos no disponían del cartucho, ni del cañón de repetición, ni del tanque, ni del avión, ni siquiera de uniformes, los más eficientes factores de una fuerza armada

eran el denuedo (coraje del alma) individual de cada soldado y su sobriedad. Las guerras, además, eran de sitios, y los españoles han tenido, y tienen, la virtud de no rendirse nunca en la guerra — ni a la evidencia, si ello supone hacer dejación de su dignidad, lo que, a veces, en lugar de virtud, es defecto. El denuedo y la sobriedad españoles son tan palpables, que ya eran conocidos antes de Cristo. Lo repiten a porfía los historiadores y geógrafos griegos y latinos. Se han vulgarizado ya las palabras de Trogo Pompeyo: « Los españoles tienen bien preparado el cuerpo para la abstinencia y la fatiga, y el ánimo para la muerte. Son de una frugalidad dura y austera: prefieren la muerte a la deslealtad con el amigo... ».

El ejército español tenía en contra algo muy importante: hacía siempre la guerra por líneas exteriores. Este grave inconveniente era vencido por la sobriedad y el estoicismo de los soldados españoles, los cuales en un atadillo transportaban toda su impedimenta, y con « sal y asiento a la lumbre » vivían sobre el país — no olvidemos que tenían la ventaja de hacer la guerra fuera de sus fronteras — sin grandes exigencias, no provocando, sino en raras ocasiones, graves protestas. Con sólo los pies para caminar, se iban desde Génova, atravesando los Alpes, hasta Flandes. A alemanes, valones e italianos, que con ellos constituían los tercios, imponían el tono de su vida, frecuentemente con el ejemplo, a veces con medios coercitivos.

Esto de que España pudiera hacer la guerra por líneas exteriores nada menos que durante siglo y medio, pudo ser posible porque las fuerzas que luchaban eran muy poco numerosas. Esta situación desapareció el día que Francia organizó su Estado copiando al español; y, acabadas sus guerras civiles, enriquecida — como todo el mundo, a excepción de España, se enriqueció durante aquella época — tuvo un ejército. Este ejército, asimiló las enseñanzas de aquel revolucionario del arte militar: Gustavo Adolfo, que dotó a sus fusiles de cartucho, duplicó el fuego de sus cañones — mucho más numerosos — con trenes de acompañamiento para la artillería, con intendencia... Ese ejército adquirió una consistencia y complejidad al lado de las cuales nuestros tercios quedaron reducidos poco menos que a bandas de facinerosos. Un caso explicativo, la batalla de las Dunas: De un lado 137 regimientos magníficos, con artillería nunca vista, al mando de Turenne (« De todos los generales que me han precedido y tal vez de los que me sigan, el más grande es Turenne », decía Napoleón), formado en la escuela sueca. Fuerzas inglesas mandadas por Morgan, de una calidad todavía superior a las francesas; y la flota inglesa. De otro lado, la *invencible*

infantería española, mandada por Condé y por don Juan de Austria.

— ¿Ha visto ya perder una batalla?, preguntó Condé al duque de Gloucester, que, opuesto a Cronwell, estaba con España.

— No — respondió el duque.

— Pues bien, en cuestión de una media hora verá Ud. perder una — le aclaró Condé, que veía desencadenar el ataque de las tropas mandadas por el impetuoso don Juan de Austria, el hijo de la Calderona, no nacido con tan buena estrella como el otro don Juan.

Todos los historiadores que se han ocupado de Felipe II, le han criticado por haberse encastillado en Madrid y en El Escorial, por no haber seguido el ejemplo de su padre, siempre junto a sus tropas. Sin embargo, fué una de las muchas cosas inteligentes que hizo Felipe II, pues cuando se hacen guerras por líneas exteriores, quien hace estrategia, el rey en el caso de entonces, debe permanecer en el núcleo principal de donde sale la fuerza y de donde salen los medios para sostenerla.

Si los estudiosos diagnosticando a posteriori sobre las causas de nuestra decadencia, hubieran tenido en cuenta la imposibilidad para España de hacer guerras por líneas exteriores cuando ya los ejércitos, muy numerosos, con la enorme complejidad de los transportes debida al incremento de la artillería, eran completamente distintos a nuestros tercios, seguramente no se hubieran escrito muchas de las páginas consagradas a nuestra gran crisis.

En la hegemonía de España, factor muy importante fué el contar con una quinta columna en todos los países: el partido católico.

Cuando viene al mundo Carlos V, con el Renacimiento y principalmente porque los españoles, que habían descubierto tantas tierras y tantos mares, eran una provocación para los estáticos europeos, sin más horizontes que los menguados de las tierras que les vieran nacer, el mundo se acluyó y se empezó a viajar. Se produjo entonces un fenómeno al que no se ha sabido dar la importancia que le corresponde, esto es: que los furiosos odios, previstos por el mismo Jesucristo contra su religión, tantas veces vencidos, nunca definitivamente derrotados, de aislados rescoldos mortecinos pasaron a ser una llama que se extendió por toda Europa. Fué entonces cuando quedó de verdad entablada la lucha entre cristianismo y paganismo.

Pero quien animó la llama devastadora, fué la « grandeza de la orientación directora de la política de Carlos V ». Los furiosos odios contra la religión de Cristo se sumaron a los odios contra España. Aunque esos odios no existían en la conciencia de los pueblos, sino en una minoría de clases privilegiadas, tuvieron enorme gravitación histórica. La

España de Carlos V, en vez de administrar con la cabeza aquel oro y aquella plata de América — en un mercado entonces tan pobre de estos metales podía haber dado el pan y el agua, a medida, a todas las economías de Europa — a cuenta de las guerras en que se empeñó, hipotecando tales metales en manos de prestamistas, con intereses fabulosos, enriqueció la Liga Internacional antiespañola, concediéndole, por lo tanto una brutal fuerza política. En vez de dar solidez para el futuro al relativo esplendor económico que tenía la nación, lo estranguló. En vez de comenzar por poner orden en su casa, nivelando a todas las regiones españolas por el mismo rasero que la democrática Castilla, suprimiendo residuos feudales como eran por ejemplo las famosas libertades de Aragón, fomentó la separación de las diversas Españas. En vez de administrar las Indias en beneficio de todos los españoles, procurando hacer una política marítima, con la famosa Casa de Contratación de Sevilla, único puerto que podía comerciar con el Imperio, dejó poco menos que preteridos a los marinos vascos, cántabros, astures, gallegos, valencianos, mallorquines y catalanes, que habían sabido dar tantas glorias a la marina española. En vez de cuidar a su caballo, dándole buena cebada y buena paja y, en la primavera, jugosa hierba, para en él cabalgar seguro por sus propiedades, la España de Carlos V se montó en Rocinante, de quien su historiador, el bueno de Cervantes, nos cuenta que nunca fué capaz de dar un trote *gorriner* (evidentemente porque no comía, como tampoco comía el pueblo español). En fin, cometió la insensatez de no dejar dormir a los perros que duermen, es decir, no logró evitar la Batalla de los Libros; de pobres disputas de frailes, entabladas a cuenta de una minoría de malos católicos, empujados por la *Liga Internacional*, el paganismo, hizo un movimiento político provocando fuertes nacionalismos.

Carlos V no secunda ni comprende, hasta muy tarde y de precaria manera, el papel que juega la Península Ibérica. Tiene, seguramente a causa de Gattinara, la misma miopía que los otros reyes de Europa, la misma que tenía su abuelo Fernando, quien tantas veces repetía que Italia rentaba más que las Indias. Ortega y Gasset, con gracia y elegancia, nos ha recordado aquello que decía Carlos V: « Mi primo Francisco y yo, estamos de acuerdo: los dos queremos Milán ».

¿Cómo sucedió que España abandonase sus grandes empresas geográficas y se empeñase en tantas guerras en Europa? ¿Cómo la democrática Castilla, con un sentido igualitario, pasado por el rasero del cristianismo, pudo seguir a este joven Carlos que ni siquiera sabía hablar español, llegado a España con una corte de insoportables señores feudales procedentes de Borgoña? ¿Porque era animado y valeroso? ¿Cómo pudo

este príncipe arrastrar a todo el realista pueblo español, hasta el punto de que más de una vez debió pensar que no era él el que arrastraba, sino el que era arrastrado?

Dostoiewsky, en una de sus intuiciones geniales, una inmoralidad, puesto que raya en la locura, nos dejó escrito: « Si un gran pueblo no cree exclusivamente en sí mismo y que sólo en él se encuentra la verdad, si no cree que es el único llamado a resucitar y a salvar el universo precisamente por su verdad, cesa inmediatamente de ser un gran pueblo, para convertirse en vulgar materia etnográfica. Jamás un pueblo verdaderamente grande puede contentarse con un papel secundario en la humanidad. Un papel, incluso importante, no puede bastarle: necesita precisamente el primero. La nación que renuncia a esta convicción, renuncia a su existencia ».

Cuando Carlos llegó a España, toda la nación se castellanizaba. Si Castilla creía ya como una verdad indiscutible, al final del siglo anterior, que era algo muy importante en el mundo, toda España comulgaba con ella. Todos los españoles compartían el ineludible deseo de salir al mundo. Después de ocho siglos de *cruzada*, hacer guerras por Dios, para España era lo mismo que seguir el camino marcado por el destino. La impaciencia de seguir combatiendo, terminada la lucha contra los moros, era irrefrenable. Atacados por delirios de grandeza, los españoles creían que España debía fundar un imperio que sobrepasara al de Roma. Pero lo más extraordinario de la España que recibió a don Carlos, era que tenía un ejército — « Otra gente así diestra en armas, en el mundo no la hay » — y una gramática. El único ejército permanente y la sola gramática en Europa.

Y se había expulsado a los judíos. Es seguro que Nietzsche, quien decía que España había querido ser demasiado, reflexionando sobre la historia de España, encontró aquello que tanto ha desconcertado a los pan-germanistas, empeñados en hacerle pasar por antijudío: « La presencia de los judíos, mantiene a las naciones en la razón ». La locura del pueblo español provocó la del joven príncipe. Fué el estallido furioso, en busca de gloria, de la grey popular.

Hoy, desde una perspectiva alejada, nos parece simplista admitir una idea como la de « la grandeza de la orientación directora de la política » emanada de un sólo hombre, el flamenco Carlos, sensual y epicúreo. Hay en ella demasiada influencia de los sentimientos y constante ausencia de la razón. Es decir, en el fondo, inmoralidad. Hay una empeñada obstinación en encarnar el imposible humano, que si bien puede dar a luz una obra de literatura genial, el Quijote, engendra forzosamente

situaciones absurdas. No, no está el origen en el epiléptico Carlos, sino en la psiquis del pueblo español, rebelde a someterse a la realidad, capaz de empecinarse, por ejemplo, con la idea de que las relaciones entre los estados deben estar basadas no en la honrada amistad, sino en la pura justicia, lo que significa creer en la existencia de ésta, sin sospechar tan siquiera que lo que es justicia para uno es injusticia para el otro, que nada es tan relativo como la justicia y que aquél que admite la pura justicia, si actúa, está predestinado a ser injusto. Nada tan peligroso y de dos filos como los estados de alma, sobre todo los estados de alma de los pueblos. El monumento religioso por excelencia de España, El Escorial, es sobre todo una obra diabólica.

Lo que no admite dudas es el hecho de que Carlos se hizo español hasta el tuétano, y con toda su alma amó a los dos factores que le habían servido en la persecución de sus ambiciones (que eran las ambiciones del pueblo español). Llegó a amar a Castilla que le había dado sin cortapisas sus ejércitos para vencer en los campos de batalla, y a la religión, su quinta columna, que le había permitido obtener victorias políticas. Después, la España de Felipe II amó con delirio a la religión, pero tal vez este amor, aunque frecuentemente de grandeza mística, era interesado, porque es humano divinizar lo que se adora, y nada se adora como lo que nos sirve para satisfacer nuestros deseos egoístas, deseos que pueden ser de nuestro cuerpo o de nuestra alma; nada se adora como lo que nos protege, como lo que nos preserva de la angustia del miedo. Tal función, en el caso de Felipe II y su pueblo, estaba reservada a la religión y a las quintas columnas católicas en las naciones rivales. Es hasta admisible que la estrecha unión entre los intereses políticos de España y la intolerancia fuese la razón de ser de ésta.

« La grandeza de la orientación directora de la política de Carlos V » dió lugar a situaciones absurdas: el saqueo de Roma por los soldados de Carlos V, en su mayoría protestantes; la *antipatía natural* entre españoles y franceses, que es la menos natural de todas las antipatías que puede haber entre dos pueblos; el que Felipe hiciera la guerra al Papa; que ni un solo Papa llegase a comprender que los intereses de España y los de la religión eran comunes intereses; que Isabel, apoyada por Felipe — éste siempre teniendo en cuenta las advertencias del Emperador — subiese al trono de Inglaterra, en vez de la católica María Estuardo, porque de este modo Francia e Inglaterra hubiesen quedado unidas; en fin, que una minoría europea, el protestantismo, estuviese a punto de instalarse también en Francia, donde de la misma manera que cuando la Armada Invencible los católicos ingleses llegaron a estar al

lado de su reina, Isabel, en la defensa de su nación, los católicos franceses, mayoría absoluta en Francia, estuvieron al lado de Enrique IV y en contra de los españoles, duramente resentidos de haber sido juguete de éstos.

Felipe II que tanto había admirado y amado a su padre, no haciendo en su largo reinado otra cosa que seguir los preceptos del Emperador, es decir, continuar « la grandeza de la orientación directora de la política de Carlos V », vivió siempre sumergido en un drama político, en un fracaso político.

Su hijo Felipe III, porque gobernaba Jacobo I a Inglaterra y la viuda de Enrique IV a Francia y porque las Provincias Unidas estaban fatigadas de la guerra, entregando el gobierno de España al Duque de Lerma, dejó de lado la herencia que había recibido, la « grandeza de la orientación directora de la política de Carlos V », y su reinado resultó así, contra lo que sostienen todos los historiados, el único con sentido común entre todos los de los Austrias. ¡ Cuántas deudas se pagaron ! ¡ Cuánto se contuvo la ruina de España ! No se enriqueció esta nación en la misma proporción que las otras naciones de Europa, pero se enriqueció. La prueba está en que después, a sus expensas, Olivares podrá formar ejércitos y flotas de efectivos incomparablemente superiores a todos los que organizaron Carlos V y Felipe II, y podrá derrochar dinero a torrentes ayudando al Emperador. ¡ Lástima que se siga creyendo en la acción nefasta de los validos ! Lo que importa en el gobierno de una nación es tener una buena doctrina, es decir, ideas estratégicas, no los encargados de la gestión.

Después de Felipe III gobernó a España el Conde-Duque de Olivares, hombre de una capacidad de trabajo y de un talento muy superior al de Carlos V y al de Felipe II, y que contaba con la experiencia de estos dos monarcas. Pero subió al poder, como se dice hoy, justamente porque Felipe IV y su pueblo querían volver a la política de Carlos V y él era entre todos los españoles el más idóneo para acometerla. Entrando de lleno en la « grandeza de la orientación directora de la política de Carlos V », desarrollando admirablemente una doctrina política falsa, llevó a España al desastre. Fué un buen administrador, pero al servicio de unos vastos planes políticos que eran descabellados.

El Conde-Duque metió a España de lleno en « la guerra de los treinta años », porque lo quiso el pueblo español, y lo quisieron sobre todo los viejos generales que habían servido con Felipe II y que estaban hartos de morder el freno de la inacción. Lo más trascendentalmente histórico del mundo de Olivares, mejor dicho, del siglo XVII, fué esta guerra de los

treinta años. Fué en esta guerra donde España se jugó toda. Sarpullidos de ella, nada más que sarpullidos, fueron las guerras de la Valtelina y de la sucesión del ducado de Mantua, la guerra primero sin declarar y después declarada con Francia, así como las sublevaciones de Cataluña y de Portugal, sublevaciones a las que mejor sería llamar guerras civiles con intervención extranjera, de Francia en la primera y de Francia e Inglaterra en la segunda.

El colofón fué Rocroi, cuando ya Olivares no estaba en el poder, y sus sucesores no habían comprendido nada y seguían poniendo en aplicación los *vastos planes políticos de antaño*. ¡Qué desatino querer repetir en 1643 la concepción estratégica fraguada antes, cuando el *terrible año de Corbie*, por Olivares y el Cardenal-Infante. Invadir Francia en dirección de París cuando ya existía un ejército francés después de Bri-sach, y cuando Cataluña y Portugal estaban sublevados, ¡qué disparate! Francia haciendo la guerra por líneas interiores venció porque su ejército tenía una calidad y una consistencia como la que va a continuar teniendo al mando de Turenne, mientras el español, mandado por Melo, no obstante las mejoras introducidas por Olivares, era, en el fondo, el mismo que había mandado Farnesio.

Después de Rocroi vino Lens, donde los restos de los restos de las fuerzas del Emperador y de España fueron pulverizados también por Condé. Y el Emperador firmó la paz de Westfalia, y los españoles no, continuando la guerra, porque los sucesores de Olivares seguían empeñados.

Y el capitalismo trajo en seguida como consecuencia que los ejércitos fuesen por entero función directa de la industria que los alimentaba. Las tropas españolas estaban condenadas en lo sucesivo a carecer de adecuada dotación y por ello cosecharon descalabros antes que victorias. Después de la Paz de los Pirineos, su incapacidad para el éxito destroza por completo el prestigio estratégico del Estado Español, que queda a la deriva. Para colmo un hombre tan falto de horizontes como Luis XIV, sin percatarse que a España la había hundido ya Richelieu, se condujo con ella implacablemente, en perjuicio luctuoso de Francia misma.